

pública en que vivimos. Si lo primero ¿quién no vé nuestra locura, quando obramos contra las justas leyes naturales de nuestro propio amor, que nos dictan que procuremos para nosotros mismos el bien; y no el mal? Si lo segundo, es facil conocer nuestra bestialidad; porque cómo podremos escusar de injusticia, é iniquidad el dañar á los otros, quando tenemos por tan justo que los demás no nos perjudiquen? Atended ahora el origen de nuestras perversas costumbres. Ya hemos visto, como las ideas de las cosas sensibles, que ha reconocido la mente por utiles, ó deleytables; aunque sin indagar si son tambien honestas, conmueven fuertemente los apetitos, ó bien nuestra concupiscencia; y es tal su fuerza impulsiva, que el alma pasa luego á obrar lo que no debiera, por ser contrario á la recta razon. Conocemos tambien por lo comun, que las acciones á que somos movidos carecen de honestidad, y con todo las queremos; y elegimos, siendo la razon de esto, porque el alma agitada

por

por aquel actual vigoroso fantasma, aunque pudiera, y debiera suspender, y contener su movimiento, para dar lugar al entendimiento de reflexionar bien en las malas consecuencias de la accion propuesta; sin embargo (digo) de todo esto, prevalece, y la sigue. ¿Cómo pues hemos de remediar estos impulsos perniciosos de la Fantasía?

Para esto puede admirablemente ayudar el susodicho estudio de la *Filosofia de las costumbres*, cuyo oficio es hacernos comprehender los internos resortes, que mueven al hombre á las acciones moralmente buenas, ó malas, esto es, los apetitos, pasiones, fuerzas, y las obligaciones de nuestro libre albedrio; el fin que se ha de prescribir á sí mismo todo hombre verdaderamente sabio; lo que lleva consigo el caracter de vicio para huirlo, de virtud para seguirlo; y los medios proporcionados para impedir que los dichos apetitos, y afectos nos lleven al mal, quiero decir, á unas acciones reprobadas por la Ley natural, y aun mas por la revelada. Demasiado ob-

X 4

ser-

servamos todos los días los malignos efectos del poder, de las riquezas, de la hermosura, del amor de los deleytes corporeos, de la fama, y otros muchos desarreglos de nuestras pasiones. No se puede decir que estas cosas, ó estas conmociones sean malas por sí mismas en nuestra alma. Nosotros causamos que lo sean por el abuso que de ellas hacemos, no conformandolas á los dictámenes de la recta razon. La dicha Filosofia pues, es la que nos enseña á gobernar bien nuestra mente, y voluntad en la eleccion de los objetos sensibles, y á refrenar el impetu de las pasiones, haciendo que ellas mismas, y nuestros apetitos sirvan para nuestro verdadero bien; en lugar de que sino se contienen, contribuyen para nuestro mal. Esta Filosofia en parte se nos inspira por la naturaleza, porque reflexionando naturalmente en las acciones, advertimos por lo comun en ellas ya la fealdad, ó ya el orden, y la hermosura; y en parte la adquirimos por medio del trato humano, especialmen-

mente conversando con hombres sabios, y buenos, los cuales con sus palabras, ó acciones virtuosas nos sirven de exemplo, y de enseñanza. Lograse despues su complemento por medio de los libros, que tratan de proposito un asunto tan importante. La razon con que Dios nos ha dotado, nos provee naturalmente en este punto de muchas luces, bien que puede aprovecharnos mucho mas un tratado sabiamente compuesto sobre este asunto. La Italia ha producido muchos de esta naturaleza. La Francia ha sido tambien muy fecunda en ellos; y aun yo he publicado uno, que desearia traxese alguna utilidad al Publico. Suponed ahora, que nuestra alma en virtud de las instrucciones de ciencia tan respetable este bien imbuida en lo que nos conviene, ó no nos conviene obrar, y que tenga profundamente impresas en nuestra Fantasía las máximas, é ideas de las bellas acciones de honestidad, y virtud, y las opuestas tan disformes del vicio: no por esto podremos contener los Fantas-

tasmas, que nos excitan á obras malas, y que con tal vigor se presentan delante de nuestra mente; pero quando estemos tambien bastante provistos de ideas contrarias, que nos representen su fealdad, y la hermosura de las buenas obras, entonces se puede esperar que la fuerza de estas prevalecerá al impulso de las otras. El que no se halla suficientemente dotado de estas doables, y saludables ideas, está en un peligro continuo de obrar cosas indecentes. Sin embargo, como no hay ninguno, que ya por el interno dictamen de la razon, ó ya por la practica del mundo, no tenga un general suficiente conocimiento del bien, y del mal Moral, por tanto ninguno regularmente se libra de culpa, quando dexa el primero, y abraza el segundo. Al contrario, todos vemos la ventaja, que logra en los combates de la mala concupiscencia contra la razon, el que ha aprehendido por la sana Filosofia, y á fixado bien en su cerebro las nobles ideas, y máximas del recto obrar. Excitadas estas (y

to-

todos estamos obligados á excitarlas, y rumiárlas bien en caso de necesidad) se da á la mente un auxilio poderoso para dirigir la resolucion de la voluntad, mostrandola que es conveniente á la razon anteponer lo ordenado á lo desordenado: y que la utilidad, ó delectacion, que puede provenir de una accion viciosa, debe ceder al provecho, y gusto que resulta de una accion virtuosa: pues, como muchísimas veces experimentamos, los vicios, y pecados traen consigo el daño, el dolor, y arrepentimiento, en lugar de que las virtuosas operaciones suelen producir una delectacion, y utilidad permanente.

Sin embargo, aunque es verdad que las luces de la Filosofia Moral pueden influir muchísimo para rectificar nuestras ideas, ó para reprimir los peligrosos impulsos de las cosas sensibles; con todo eso es preciso añadir, que no bastan estas luces para hacer perfectamente sabios, y buenos á los mortales. En la Historia de la Gentilidad se descubren Filósofos, y otros

ilus-

ilustres Personages bien instruidos en la Escuela Filosófica, á quienes no faltaron muchas virtudes humanas, y que señalaron su vida con loables hazañas. Pero notareis, que ninguno de ellos dexaba de estar al mismo tiempo poseido de pocos, ó muchos vicios; y si por una parte andaban derechos; cojeban muchísimo por otra. Esto supuesto, la Filosofia Moral, para bien afirmar sus cimientos, necesita de la Religion, esto es, de la *Filosofia Christiana*. Los mismos Filósofos Paganos, que mas se acreditaron por sus bellas máximas, ó por la práctica de las virtudes, fueron los que exaltaron la Religion, y conocieron la necesidad de unirla con su Filosofia, bien que en una, y en otra estaban llenos de defectos. No así de la Religion, y divina Filosofia de los Christianos, en la que hallamos la perfeccion, y además la ventaja de ser á la comprehension de todos, de suerte que con igual facilidad puede aprehenderla el docto, que el ignorante, el de un agudo entendimiento, que el de un

ingenio obtuso. La razon de esto es, que no necesitamos mucho para conocer la brevedad, y claridad de sus documentos, sabidos los cuales, y bien impresos en el corazon, y en la memoria, se tiene quanto se necesita para poder vivir virtuosamente en santificación, y justicia por todo el tiempo de nuestra habitacion sobre la tierra. El Symbolo de los Apostoles no es un libro grande, sino solo la portada de un librito. Aun menos es el Decálogo. Y ved aqui reducida á poco la Filosofia de los Christianos, que aun la persona mas rustica unida á la verdadera Iglesia de Dios, puede comprehender, y tomar de memoria, para valerse despues de estos documentos en el exercicio de sus operaciones.

Suponed ahora una persona que vivamente crea que Dios es el Autor, y Dueño de todo, y que ha dado al hombre una alma inmortal; verdades con que nos instruye aun la Filosofia, y Religion natural; pero mucho mas sin comparacion nos asegura la Religion revelada. Imaginad, que com-

pre-

prehende la obligacion de amar, adorar, y obedecer á este Grande Monarca, y Padre nuestro, invisible á nuestros ojos, pero visible en tantas criaturas tuyas, porque de él debemos considerar que depende nuestro Sér, y todo el bien que poseemos, y que muchísimo mas sin comparacion alguna hemos de esperar en la otra vida, siendo por esencia suya Remunerador de los buenos. Añadid aun, que esta persona que suponemos, comprehenda la necesidad de temer á este Soberano Dueño, cuya esencial justicia le inclina á castigar á los malos, sino en esta, seguramente en la otra vida. Finalmente suponed que conozca, y crea á nuestro bendito Salvador; quiero decir, el Hijo de este Dios hecho hombre, y muerto por nuestro amor, por cuyo medio, y merito logramos en este mundo todos los bienes sobrenaturales, y si le somos fieles, nos dará una inmensa gloria en la otra vida. Ved como ha llegado el hombre á la Filosofia Christiana, y consideradle dotado de una armería de ideas,

Ideas, pequeña si, pero de tal fuerza, y actividad, que puede ser suficiente para refrenar, y hacer que ceda todo el vigor de las ideas sensibles, á cuyo aspecto se siente el alma conmovida á executar aquellas acciones desordenadas, que llamamos pecados; y sabemos que desagradan á Dios. Figuraos un hombre, ó muger, cuya mente haya comprehendido bien, con solo el auxilio de la Filosofia natural, la idea de la honestidad imprimiendola en la Fantasia con todos los bellos colores, que la esmaltan, esto es, como virtud alabada de todos los sabios, y tan digna en efecto de alabanza: y los varios buenos efectos, que produce, al contrario de la dishonestidad á la que siguen muchos males. Puede ser que esta idea sola baste para hacer frente á todas las tentaciones contrarias originadas del impulso de las falaces ideas, que nos traen los sentidos v. g. de la vista de los cuerpos graciosos, del oido, de las súplicas, y lisonjas, de los regalos, ó en fin, de las promesas de muchas ven-

ventajas. Si á esta noble idea de la honestidad se agrega la firme persuasión de que esta virtud es sumamente amada, y ordenada de Dios, seguro premiador del que observa sus justísimas leyes; y que por el contrario la impureza, que tanto aborrece, y condena nos hace perder su gracia, y merecer sus castigos; entonces crecerá sin medida la fuerza del alma para combatir contra las ideas fomentadoras de la mala concupiscencia, de modo que ellas, ó no se atreverán á presentarse, ó si se presentan á la consideración del alma, serán recibidas con aversion, y desvanecidas prontamente. Pero al oír los elogios de la Filosofía Moral, y mucho mas al ponderarse aqui la eficacia de la christiana Filosofía, para vencerlas (digamoslo así) secretas sugerencias, que nos impelen á obrar mal, y proceden de nuestra Fantasía, caen luego los lectores en preguntar, cuál es la causa de que no obstante todos los auxilios de la Religión de Christo se encuentran en todas partes tantos hombres malos, y tan-

tantos pecados. Daremos la respuesta en el Capitulo siguiente.

CAPITULO XX.

De las causas físicas de los insultos perniciosos de la Fantasía; por lo que mira á las acciones Morales, y otros medios para refrenarlos.

NO hay persona de sano juicio, ni Filosofo, de qualquiera secta que sea, que no reconozca que el vivir segun la norma de la virtud, es un estado conforme á quien tiene en su asiento la razon, y desea la felicidad de que es capaz nuestro mundo inundado de tantos afanes; y que la vida de los viciosos es demasiado incompetente á la humana naturaleza, y regularmente nos conduce á la infelicidad. Pero tambien es cierto que no hay quien no conozca la dificultad de ser bueno, y la facilidad para hacerse malo. La Teología Christiana nos enseña la causa de esto. Y aun arriba hemos demostrado el

Y ori-

origen físico de semejante desgracia. Ahora conviene notar (y lo observó también Horacio) que es menor por lo común la impresión que hacen en la Fantasía las ideas llevadas por el órgano del oído, que las que proceden del de la vista. Aun quando no podamos llegar á comprehender la causa, y modo de esto, poco importa. Basta con que la experiencia nos lo confirme. Es verdad que la relacion de la hermosura de otro, de una batalla, de la magnificencia de un Monarca, produce ideas que pueden imprimirse vivamente en nuestro cerebro; pero jamás será tan grande esta impresión como lo fuera con la observacion ocular de aquellos mismos objetos. Además de que en la misma vista notamos un efecto diferente, porque si miramos un objeto real, van sus especies á fixarse fuertemente en el cerebro; pero no tienen igual fuerza aquellos objetos, si los vemos solamente pintados, ó si se nos representan en un espejo, porque se desvanecen prontamente sus especies, ve-

ri-

rificandose lo que en su Epístola Canónica escribió Santiago Apostol del que considera *vultum nativitatís suæ in speculo. Consideravit enim, & abiit, & statim oblitus est qualis fuerit.* Asimismo, no retuvieramos las ideas de las cosas que vemos en sueños; si estas no excitáran un fuerte terror, ó delectacion en el alma.

Lo que merece aqui mas atención es la notable diferencia que media entre las ideas sensibles, é intelectuales. Estas pueden veniros por el conducto de los sentidos, ya leyendo libros, ó ya escuchando á los Maestros: mas no por esto dexan de ser intelectuales. Los nervios de los ojos no hacen otra cosa entonces que llevar á la Fantasía aquellos caracteres, y palabras; y los de las orejas el sonido solo de estas mismas. El entendimiento es el que despues discierne lo que se significa por tales palabras, y voces. Si atendemos pues á la condicion propia del hombre, hallamos que las ideas mentales no tienen muchísimas veces tanta fuerza impulsiva como las

Y 2

sen-

sensibles. Figuremonos uno que sepa, y confiese la hermosura de la virtud, y la fealdad del vicio; que haya aprehendido los mas nobles axiomas de los sabios antiguos, y de la Filosofía Moral, y que conozca la racionalidad de estas Doctrinas, despues de bien consideradas por su alma. Con este aparato de ideas intelectuales deberemos creer que éste logrará siempre victoria contra las ideas sensuales; que le excitan á la lascivia, á la venganza, á los contratos de ganancia ilícita, á excesos de gula, &c. Añádase á esto, que todo el que profesa la Santa Religión de Christo tiene una idea conveniente de Dios, del Paraiso, y del Infierno: sabe suficientemente que acciones desagradan á nuestro Divino Legislador, y el castigo que está preparado para los que contravienen á sus leyes. Y con todo se hallan muchos, que á pesar de estas saludables ideas de la verdad, y Justicia, de que está su mente persuadida, ceden á las tentaciones, y se dexan llevar algunas, ó muchas veces, á los pecados por las

las ideas que provienen de los sentidos, entregandose de todo punto á los vicios, y durmiendose en ellos, no obstante que la conciencia, ó el alma no dexa de advertirles continuamente del desarreglo de su vida, de la ira de Dios, de los malos efectos de la iniquidad en el estado presente, y de otros mayores guardados, para la otra vida. Creo que nadie podrá negar que las ideas intelectuales tienen la misma fuerza que las sensuales, para mover á nuestra alma á las operaciones, y mas quando la experiencia nos demuestra muchos, que regidos solamente por los axiomas de la moral, ó por los documentos de la Religión, que son el pasto del entendimiento, viven sabiamente venciendo todas las sugerencias de los objetos sensuales; y otros siguiendo varias opiniones, tambien partos del entendimiento, obran de modos muy diversos. Mayor fuerza debieran tener siempre las ideas formadas por el alma, que las aprehendidas por el conducto de los sentidos atendida la su-

perioridad del alma respecto del cuerpo. Y con todo, vuelvo á decir, nos hace ver la experiencia todo lo contrario.

Tres, pues, son á mi parecer, las secretas causas físicas, por las que la Fantasia puede determinar al alma á elegir los bienes sensibles, aunque reprobados por la Religion, y nocivos á nosotros, sin sujetarse á las ideas del entendimiento, que son las que nos debieran dirigir, y pueden iluminarnos para elegir el verdadero honesto bien. La primera es, que en los bienes sensibles, sean utiles, ó deleytables, no se tarda en reconocer luego la utilidad, ó delectacion que de ellos puede provenir. No hay duda en que á la mente pertenece el percibir en los objetos los adjuntos del util, y deleytable; pero la mas leve practica, y experiencia de las cosas sensibles puede dar noticia de ellos á la mente. Notad la grande facilidad con que los niños llegan á conocer como bien util el tener dinero, y regalos, como cosa deleytable la música,

las

las diversiones, los preciosos vestidos, y ciertos manjares, y bebidas. A este mismo modo, el adulto entiende facilmente el gusto, ó utilidad que puede resultar de ciertas acciones concernientes al tacto de poseer mucha hacienda, de mandar á otros, y á este modo discurrendo. El trato de la vida nos hace tambien bastante habiles para discernir en tantos objetos lo que es ingrato, ó nocivo. Pero no nos es tan facil el distinguir el bien honesto, es decir, que bien, ó util, ó deleytable convenga á la recta razon, porque esto, como puramente intelectual, pide raciocinio, y especulacion, para cuyo exercicio muchos son inhabiles, algunos casi impotentes, y otros por su negligencia no quieren aplicarse á ello, por no alterar la quietud de su entendimiento. Con que no es de admirar que nosotros pasemos prontamente, y sin dificultad á elegir aquellos objetos que á la primera vista nos prometen utilidad, ó delectacion, sin reflexionar si semejante eleccion se conforma á la racionalidad, y

sin considerar las perniciosas consecuencias que siguen regularmente á las operaciones ilícitas. La culpa de aquella vituperable eleccion debe imputarse al entendimiento, que no cumple con su deber, y no á la Fantasía, la qual obra segun las leyes de la naturaleza, aun quando nos representa objetos, y acciones reprobadas por las leyes de la Moral Christiana, y de la Filosofia. A este desorden estan especialmente sujetos los juvenes, porque en estos es grande la fuerza de la imaginacion, feroces los espiritus animales del cuerpo, y por el contrario debil la razon, como gente mal dotada de luces, de experiencia, y de frenos. Por tanto advertis, que estos hombres desenfrenados, sin hacer reflexion alguna en las cosas malas, ni en sus pésimas consecuencias, se precipitan en los abysmos de la lascivia, se dexan llevar por la ira á peligrosos desconciertos, ó á disipar con la vanidad, y el juego aquellos caudales, que nunca llegan á recobrar. En algunos se ve naufragar á un mismo tiem-

tiempo el alma, la salud, la estimacion, y la hacienda.

La segunda causa del impulso de las ideas sensibles consisten en la presencia de los objetos, representados por las mismas ideas. Es propiedad natural de nuestras ideas, ya intelectuales, ó ya sensibles, que si su objeto está distante con distancia de tiempo, ó lugar, no conmueven al alma, esto es, á nuestros apetitos, con aquella eficacia con que mueve el objeto cercano, ó presente. No necesita de pruebas esta verdad, porque todos los dias experimentamos la superioridad de la viva aprehension de las cosas presentes, á la ocasionada por las distantes. Dirá alguno que hay muchos Mercaderes, que hacen largos viages, movidos de la esperanza de un lucro distante; y muchos que salen de Europa por ir á buscar los remotos tesoros de las Indias; debo responder que la grandeza de un bien distante esperado, puede ser equivalente, ó superior á la fuerza de un bien menor presente. Además de que la

la conmocion del apetito en estos, proviene especialmente, no de los tesoros distantes, sino de la vista, y exemplo de otros Comerciantes, y de otras personas que se enriquecieron en tales viages. El ver la buena fortuna de estos sirve de espuela, é incitativo á los otros, para una tentativa semejante. Finalmente, si á estos se les propusiera un bien presente, no igual, sino mucho menor, y facil de conseguirse, dexarian luego de caminar lexos, atendiendose al bien cercano. Muchas, pues, de las ideas puramente intelectuales nos representan objetos que nos parece están muy distantes, y por tanto no producen en nuestra alma aquella conmocion, que nos causa la presencia, de las cosas. ¿Puede darse freno mas eficaz contra las tentaciones, esto es, contra los impulsos de nuestra Fantasía, que nos incitan al mal, que la memoria de los Novisimos del hombre? Pues con todo, no hacen estos regularmente aquella impresion, y fruto que debieran. No por otra razon nos

fi-

figuramos el Infierno, y el Paraiso distantes millares, de millares de leguas de nosotros; y solemos lisongearnos de que entre nosotros, la muerte, y el Juicio de Dios tiene que pasar una dilatada serie de años. A este modo, la razon de movernos á una accion mala, es la utilidad, ó gusto presente que de ella resulta, no bastando para estorvarla la aprehension de los males, ó daños, que por ella pueden venirnos, á causa de estar estos distantes. Y con mucha mayor fuerza somos obligados á abrazar el bien presente, quando tenemos, ó imaginamos tener modo de evitar los males distantes, ó de no perder los bienes, que el alma mira á igual distancia, quiero decir, que la estan reservados para la otra vida.

La tercera causa del fuerte impulso de los objetos sensibles, es la regular multiplicacion de los actos, por la qual se hacen en nuestra Fantasía mas, y mas vivaces sus ideas, siendo la costumbre la causa de que el alma sea conmovida con mayor fuerza á

las

las pasiones , y apetitos. No puede dudarse que esto sucede físicamente, aunque es imperceptible el modo con que en este particular obra la naturaleza. Tenemos el exemplo de esto en un amante que quanto mas contempla las facciones . y oye las palabras de la persona que ama , tanto es mas intenso el vigor , que adquiere esta idea para conmovier sus apetitos. Ya sea porque una idea como esta se fixa , y radica mas en el cerebro , ó ya porque los reiterados aspectos , y coloquios van siempre poniendo nuevos asaltos al alma , ó bien , finalmente , por otra razon oculta : lo cierto es , que este efecto se experimenta. Esto mismo sucede al Conquistador , que con sus deseos debora el País cercano ; al amante de los excesos de la gula , al ladrón , al vengativo , y á otros. No acaece así con las ideas intelectuales de la justicia , de la templanza , de la mansedumbre , y de las otras virtudes. Pues aun quando estas no faltan en el libro de la Fantasia de muchos , al menos estan escritas con unos caracte-

res debiles , porque no se contempla en ellas tan amenudo como en las sensibles : por lo qual no recordándose de quando en quando , carecen de aquella vivacidad necesaria para resistir al impetu de los objetos utiles , ó deleytables que excitan al alma á las operaciones viciosas. El que alcanze , además de estas , otras causas físicas , de que proceda el que tantas veces prevalezcan los fantasmas de las cosas sensibles á las ideas del bien honesto , no en los que se hallan abandonados á los vicios , y en los licenciosos , y abituados á los pecados , sino en los que aborrecen las malas , y pecaminosas operaciones , y que saben en otros asuntos valerse de su razon : podrá añadir las á estas. Además , habiendo descubierto el origen físico de nuestras acciones moralmente malas , resta ver , si fuera del auxilio de las tres Filosofias arriba mencionadas , hay otro algun medio de ayudar al alma , para que no ceda al impulso de las falaces ideas , que incitan al mal. He dicho , que incitan al mal ,
pues

pues debemos tener por cierto, que la fuerza de nuestra imaginación jamás puede sujetar, ni subyugar nuestro libre alvedrio, de tal modo que el alma no pueda rechazar su impetu, ó recobrar el dominio que tiene necesariamente sobre la Fantasía. Por tanto nuestra voluntad retiene naturalmente el arbitrio de suspender su asenso á qualquiera propuesta que la haga el entendimiento para examinar mejor si contiene verdad, ó falsedad, justicia, ó injusticia, honestidad, ó deshonestidad, utilidad, ó daño. No haciendo esto nosotros, y consintiendo á ojos cerrados en lo falso, en lo injusto, y arrojandonos á operaciones contrarias á la razon, á las leyes de Dios, y á nuestro verdadero bien, ¿ cómo podremos excusar nuestra culpa, y negligencia? Feliz por tanto el que sabe acostumbrarse á contener la impetuosa carrera de la Fantasía, y á conservar la quietud, y libertad del alma, con que sosegadamente puede considerar los motivos de obrar en un modo conveniente á

la

la razon, antes que á nuestros brutales apetitos. Jamás faltan estas razones al que prudentemente se ama, y busca su bien verdadero. Señalemos ahora en pocas palabras lo que puede ayudar al hombre en la continua pelea del espíritu con el cuerpo, y se nos enseña en tantos libros, especialmente en los de los Santos.

En primer lugar debe procurarse la buena educacion de los hijos, asunto tratado por varios, y excelentes Maestros. Quien nutre bien aquellas tiernas plantas, puede esperar el buen fruto á su tiempo. Conviene pues fixar desde luego en su memoria ideas saludables, inspirandoles las santas máximas del Evangelio, el amor de las buenas obras, el odio de las malas, y mostrandoles la hermosura, y utilidad de las primeras, y la fealdad, y perniciosas consecuencias de las segundas, pintando especialmente á los adultos la sabiduría de este, ó de aquel joven, y los despropósitos, y excesos de otros. La razon de esto es, porque en nuestra viciada naturaleza, y

sobre todo en la de los juvenes inclinada á la imitacion, puede mucho el exemplo; siendo muy necesario el bueno de los Padres, y el impedir que aquella imprudente edad aprehenda por el mal exemplar de otros, ideas de soberbia, de lascivia, de intemperancia, del juego tendido, y de otros deleytables, bien que dañosimos, vicios. Hablo de las lecciones que todos saben, y sin embargo no se advierte que muchos las pongan despues en práctica. Fortificada por algun tiempo el alma juvenil con sabios documentos, é ideas de virtud, y separada de la vista de ciertos vicios lisongeros, hasta que esté sentado el juicio, se puede decir que está provista de armas poderosas para hacer frente á los fantasmas, que excitan á obrar mal. No por esto podemos asegurar que está en salvo la roca del alma, quando se hallan tantos juvenes bien instruidos, y educados, que apenas se dexan apoderar de su cerebro, y especialmente si son de una naturaleza fogosa, se meten á tropicónes en la

sen-

senda de la iniquidad. Sin embargo, queda la esperanza de que calmando el hervor de la edad, la semilla de las ideas de sabiduría, que estaba sufocada, renacerá, y al fin producirá buena mies. Hay muchos extraviados en quienes las buenas máximas, que recibieron en su tierna edad, unidas á los desengaños, sirven para reducirles al buen camino. Se habla de una Nacion, cuyas personas hasta la edad de quarenta años obran como locos, pero entonces empiezan á vivir como sabios. Este es un hyperbole, porque así del uno, como del otro sexo, son allí por lo comun, mas las personas que pasan sabiamente su vida, tanto en la juventud, quanto en los siguientes años. Sin embargo, de qualquiera modo que sea, siempre será una grande ventaja el haber desde luego aprehendido, y fixado en el cerebro que nuestro verdadero bien no puede conseguirse por otro medio que por el amor, y practica de la virtud, y no por los vicios, y pecados.

Z En

En segundo lugar habiendose visto el poder que tienen las ideas sensibles para mover á nuestra alma, y la flaqueza de las intelectuales para resistir á ellas; todo el que desea ser sabio, y verdadero imitador de Christo, debe hacer quanto le sea posible para aumentar el vigor de aquellas máximas, y de los principios del recto obrar, los cuales no vienen por el conducto de los sentidos, sino que se nos enseñan por la Santa Religion, y por la mejor Filosofia, y son aprendidos por nuestro entendimiento, reconocidos por verdaderos, por convenientes á la recta razon, y aptos para causar nuestra verdadera felicidad. El modo de aumentar el vigor, y la vivacidad de las saludables ideas intelectuales concernientes á la Moral, y á la fé Christiana, por lo que mira al Pueblo rustico; é ignorante, é poco idoneo para racionar, consiste en presentar á su Fantasia ideas sensibles, que exciten la memoria de las intelectuales. Por esta ra-

tales, si se quiere que muevan con fuerza al alma en la batalla contra las corporeas. Esto se consigue oyendo á menudo la palabra de Dios, que es la medicina, y Filosofia mas eficaz de nuestras almas.

Igual, ó aun mayor provecho puede sacarse del continuo estudio de las Divinas Escrituras, cuyas santas palabras, é instrucciones, como baxadas del Cielo, tienen una virtud particular para inspirarnos, y fortificarnos en el conocimiento, y amor del recto obrar, y de todas las virtudes. Debe reprehenderse, y acusarse á sí mismo de una crasísima negligencia, el que puede leer, y entender aquellos libros Sacrosantos, y por su conciencia misma advierte no haberlos leído siquiera una vez en su vida, contento con lo poco que en otros se halla esparcido. La lectura de los Santos Padres, y de los mejores libros espirituales, ó de devocion, será señaladamente el fomento mas útil para conservar las buenas máximas de la vida Chris-

tiana, y para hacerlas mas familiares al alma, quando quiere la imaginacion asaltarla con los fantasmas de los ilicitos objetos sensibles. Dixe de los mejores libros, porque este utilissimo, é importantissimo asunto igualmente que otros comprehendidos en la esfera de las cosas scientificas, ha producido una excesiva multitud de volumenes, de libritos, de novenas, de oraciones, muchos de los quales, como obras superficiales, fuera mejor, que jamás hubieran salido á la luz. No porque dañen, ó merezcan repulsa, sino porque son causa de que las almas buenas no busquen los libros Magistrales de la devocion, donde se halla el jugo substancial de la piedad, y la uncion del espiritu. Incomparablemente crecerá despues el provecho del alma de aquel que con la lectura de los buenos libros pueda, y sepa juntar la contemplacion, y meditacion de los Sagrados Mysterios, y de las Divinas instrucciones de la Christiana Religion. Dichosos por esto

to

to los Santos, felices tantas personas piadosas, que se aplican á exercicio tan fructuoso. Su cabeza está llena de ideas de la Religion; de aquel Dios que tanto aman, de la vida de aquel Divino Salvador, que sirve de norma á la suya; y de aquel Paraiso, á que continuamente aspiran, y que esperan de la infinita Clemencia de Dios por los meritos de su bendito Hijo. Estos son sus familiares fantasmas, todos conségeros de la virtud. La meditacion va siempre añadiendoles mas, y mas vigor. No por esto dexarán de presentarseles ideas malignas procedidas de los sentidos, principalmente si viven en el siglo. Pero excitando el alma aquellas máximas opuestas, que tanta fuerza tienen, suele salir ventajosa la pelea, no difícil la victoria.

La virtud de la continencia merece una atencion particular. Para cierta clase de personas, y especialmente para el que se dedica al celibato, no basta una multitud abundante de aque-

Z 4

llas

llas saludables, y espirituales ideas: es necesario tambien huir quanto sea posible de las contrarias que nos traen los sentidos. Bien puede el que se halla en semejante estado guarnecerse de buenas armas, pero mientras no dexa de tratar personas de sexo diverso, no se libertará de imagenes tan fogosas, que serán capaces de arriesgar todos sus mejores propositos. Aun los mismos Santos, y las personas mas encerradas en los Claustros, están sujetas á peligrosas batallas, porque no pueden rechazar las ideas sensuales, que reciben del siglo, ó que apprehendieron en sus tiernos años: ¿pues cuánto mas lo estará el que las va siempre amontonando, y fortificando, buscandola de proposito en el trato civil? sucediendo esto asi, porque aun los humores del cuerpo humano concurren secretamente á dar movimiento á las agradables imagenes de la Fantasia, de tal modo, que cuesta mucho trabajo á la razon el haber de resistir. Por lo qual estos necesitan del

del retiro, de la aplicacion al estudio de las letras, ó de la ocupacion en otros exercicios honestos, teniendo, con especialidad, presente, que el ocio es un veneno, principalmente para el que tiene un temperamento viváz, y unos espiritus vigorosos. Aun algunos conseguirán provecho, ó acaso les será necesario el mudar País para que la variedad de los objetos, y la novedad de los fantasmas, destruya la ferocidad de los que se habian apoderado de su imaginacion, y motivaban aquellos sintomas en el alma.

Finalmente despues de tan bello aparato de medios como hasta aqui van referidos, parte utiles, y parte necesarios para reprimir el orgullo de nuestra Fantasia, quando nos excita con sus fantasmas á prevaricar: nos queda que hacer una dolorosa confession. Y es, que somos unas criaturas imperfectas, vasos de tierra muy expuestos á la fragilidad, con apetitos innatos, que nos inclinan á la luxuria,

ria, al interes, á la envidia, á la venganza, á la impaciencia, á la soberbia, á la gula, y á otros excesos: y nos hallamos sitiados de tentaciones, quiero decir, de objetos sensibles, que llevados á la Fantasia, no puede abstenerse el alma de aprehenderlos, ni menos puede libertarse de sentir alguna conmocion por ellos. Y no obstante que no hay causa interna, ó externa, que la obligue á elegir el mal moral, experimentamos sin embargo en nosotros una grande propension á elegirlo. Tal es nuestro estado presente, del qual se lamentan los mismos Santos, de modo, que ninguno de nosotros, mientras vive sobre la tierra, por muy dotado que esté de virtud, goza el Privilegio de la impecabilidad. ¿Qué remedio queda, pues, para no tropezar y caer? Nuestro Divino Salvador nos le ha enseñado, es á saber, *la Oracion á Dios*, no solo util, sino aun necesario medio en esta vida para resistir á las tentaciones. No obstante nues-

tra flaqueza servirá muchísimo el que todo corazon acuda por auxilio al que todo lo puede. Este es el que invocado con buena fé no permitirá que caigamos. Este es en todas ocasiones, y debe ser en esta con particularidad, nuestra esperanza. En tales lances lo que está de nuestra parte, es volver nuestros ojos, y suspiros, quando nos hallamos asaltados de perversos fantasmas, á nuestro buen Padre Dios, y á Jesu-Christo su muy amado Hijo, para que nos dé la mano, y nos libre de las caidas. Entre tantos buenos Psalmos, y súplicas, como á este propósito nos subministra la Santa Iglesia, para implorar el auxilio necesario de Dios, me parece muy expresiva la Oracion siguiente: *Deus: qui nos in tantis periculis constitutos pro humana scis fragilitate non posse subsistere: da nobis salutem mentij, & corporis, ut ea, que pro peccatis nostris patimur, te adjuvante vincamus.* Quiere decir: O Dios, que sabeis, que puestos en medio

dia de tantos peligros , no podemos
 sostenernos á causa de nuestra fragi-
 lidad : dignate de concedernos salud
 de alma , y cuerpo , para que con
 vuestra ayuda consigamos vencer las
 tentaciones , y tribulaciones , que nos
 causan nuestros pecados. De este só-
 brenatural auxilio debe pender nues-
 tra principal confianza de prevalecer
 á las sugestiones de la Fantasía, de
 cuya fuerza no me queda mas que
 hablar.

FIN.

